

HOMILÍA XVI DOMINGO TIEMPO ORDINARIO – 2010

CICLO “C”

De nuevo me acerco a todos vosotros ofreciéndonos estas sencillas y fraternas reflexiones sobre los textos de la Sagrada Escritura que la Iglesia nos propone para este domingo...Unos textos que debemos escuchar y coger para meditarlos y dejar que nos iluminen y nos guíen por los caminos de nuestro mundo..

Abraham y las hermanas de Lázaro son figuras y testimonios claros de acogida y de hospitalidad. Como él y ellas seamos acogedores y hospitalarios, prontos a escuchar y atender a quienes se acercan a nosotros.

En este tiempo de verano, es muy posible que podamos disponer de tiempo para dedicarlo al Señor y ponernos a escuchar su palabra de vida, de esperanza, de gracia, de perdón, de salvación...

Quien ha acogido al Señor, ha de estar dispuesto a anunciarlo a los demás...

1.- Las Lecturas

* Libro del Génesis 18,1-10a. Ante la aparición divina, Abraham grita desde lo más profundo de su alma: “Te ruego que no pases de largo junto a tu siervo”. Aunque nos sintamos débiles y pecadores, ésta debe ser nuestra plegaria todos los días de nuestra vida: “no pases de largo junto a mí”.

* Salmo Responsorial 14. El anhelo y deseo de vivir y estar con el Señor nos lleva a preguntarnos: “¿quién puede hospedarse en tu casa para siempre? Escuchemos con atención y meditemos sin prisas el salmo que nos muestra con palabras sencillas el camino que lleva a la Casa de Dios.

* Carta de san Pablo a los Colosenses 1,24-28. San Pablo nos revela que el misterio que estaba escondido en Dios que creó todas las cosas se ha revelado y manifestado ahora a los cristianos y es Jesucristo, salvador de todos y esperanza de la gloria. Acojámoslo en nuestro corazón con fe y amor.

* Evangelio según san Lucas 10,38-42. Jesús es acogido por Marta en su casa. María, su hermana, deja todo y se pone a escuchar a Jesús. Jesús pide a Marta que no ande preocupada excesivamente por las cosas y tareas de la casa. De maría, Jesús dice que “ha escogido la parte buena, que no le será quitada”.

2.- Sugerencias para la homilía

2.1.- Acoger a Jesús en nuestra casa

La primera enseñanza que deducimos del texto evangélico es clara: el Señor se acerca a cada uno de nosotros. “Llama a la puerta y no dejará de hacerlo hasta que le abramos”. Por eso, abrámosle las puertas de nuestra alma y acojámoslo para que entre en nuestro corazón y se quede con nosotros para siempre. ¡Qué hermoso!, ¿verdad? No nos mostremos indiferentes ante su llegada y ante su llamada. No le demos la espalda al Señor. ¡No tengáis miedo a Jesús! Salgamos de nosotros mismos, de nuestros egoísmos, de nuestros pecados, y abramos las puertas del alma para que entre el Buen Jesús, que iluminará las oscuridades de nuestra alma, curará las heridas del corazón, nos abrirá caminos de esperanza y de vida, nos liberará del miedo y del temor.

¿Vas a decir al Señor lo del poeta: “mañana le abriremos, para lo mismo responder mañana?”

No caigamos en este error.

2.2.- Como María, pongámonos a la escucha del Señor.

* Demos cuenta y tomemos conciencia de que la escucha del Señor es fruto de la acción de la gracia divina en cada uno de nosotros. Como Salomón, pidamos hoy y siempre al Señor que nos dé un corazón que le escuche con amor y atención.

* Hacernos pobres desde dentro. El autosuficiente, el orgulloso, el que cree que lo sabe todo, el que piensa que lo puede todo... no escucha a nadie porque escuchar a otro implica dejarse enriquecer por otros, ayudar por otro, iluminar por otro, corregir por otro....

* Valorar al Señor que nos habla. Cuando no valoramos al que se acerca a nosotros para decirnos algo, no lo escuchamos y terminamos por contarle a él la historia que venía a comunicarnos... ¡Que nadie se vaya de nosotros con la convicción de que ni la hemos acogido ni la hemos escuchado.

* Poner silencio en el corazón. Si no hacemos silencio dentro de nosotros, escucharemos gritos en lo más hondo de nuestro ser... Son las voces de las pasiones, de los egoísmos, de las envidias, de las quejas... de las tentaciones que nos empujan al mal, que solicitan nuestra atención y nuestra adhesión...

Entonces podemos decir como Samuel: “habla, Señor, que tu siervo escucha”.

¡Hermanas contemplativas que recibís la homilía cada domingo!

Escuchad al Señor sin prisas y dejad que esa Palabra os edifique, os construya, os santifique. No estéis preocupadas por tantas cosas que pueden solicitar y llamar vuestra atención...El Señor está ahí, a vuestro lado...y os espera. Escuchadle.

Un ruego que os hacemos: habladle de nosotros para que nos acoja en su misericordia, nos santifique, nos hermane cada día más, nos fortalezca en la misión, nos dé el don de la perseverancia, nos lleve con Él cuando nos llame de este mundo, nos salve...

2.3.- Escuchemos al Señor en los signos de los tiempos

Podemos escuchar al Señor en las Escrituras Santas, en la conciencia donde el hombre se encuentra a solas con Dios que le habla al corazón como un amigo, y también podemos escuchar al Señor en los signos de los tiempos. Uno de estos signos es el hambre, la violencia, la exclusión...

El clamor de los empobrecidos. Muchas veces lo hemos escrito y lo hemos dicho: en el clamor de los necesitados debemos escuchar el grito de Dios que nos interpela: nos llama a dar de comer al hambriento, a liberar a los oprimidos, a visitar a los enfermos y encarcelados, a vestir a los desnudos, a consolar a los tristes...No hagamos sufrir a nadie, no crucifiquemos a nadie. Y cuando me llegue a mí el dolor, el sufrimiento último, que yo sé que me llegará, dame, Dios mío, la fuerza y la paz para asumirlo y vivirlo unido a ti como camino de redención y salvación, y nunca de rebelión y de alejamiento de ti...No lo consientas, Señor, aunque me falten las fuerzas.....

La soledad de los marginados y excluidos...Aunque nos resulte difícil debemos pedir al Señor que nos dé la gracia y al fortaleza de ser “peregrinos a la marginación y a la exclusión”. No pretendamos instalarnos en la autosuficiencia y en la riqueza, cerrando nuestros oídos para no escuchar el clamor de los necesitados o cerrando nuestros ojos para no ver a tantos seres humanos que no tienen lo necesario para vivir y mueren de hambre o malviven en la miseria...Nunca olvidemos que con poco podemos vivir, y que lo poco que tenemos lo necesitamos tan poco...

La violación de los derechos humanos. Defendamos la vida humana, toda vida humana, en cualquier circunstancia en que se encuentre. Una vez más pedimos este respeto sagrado a la vida humana, que es un don de Dios y el primer derecho humano. Respetémosla. “Mons. Munilla escribe: “está claro

que la “causa de la vida” está unida a la “causa de la educación” y a la “causa de la familia”. Es fundamental que todos aquellos que partimos de unos valores de pleno respeto a la vida y a la familia (en donde podemos coincidir creyentes y no creyentes), trabajemos en coordinación y cooperación, para educar en la verdadera libertad. Una educación íntegra jamás presentará el ideal de la libertad en contraposición al derecho a la vida de los más inocentes. No podemos convertir la libertad en una frívola licencia, porque eso destrozaría la misma Libertad, además de la Vida”.

Como Marta pongámonos a trabajar juntos para hacer un mundo nuevo porque “otro mundo es posible”:

Un mundo liberado del pecado que lo esclaviza y lo aparta de Dios.

Un mundo más fraterno y más reconciliado, más libre y liberado, más justo y unido, más abierto a Dios...

Un mundo en el que podamos extender una mesa muy grande: de norte a sur y de este a oeste en torno a la cual podamos sentarnos todos, sin excepción alguna, para compartir los bienes que Dios ha creado para todos los seres humanos. Esta mesa universal y fraterna es signo y como un anticipo de la mesa del Reino de los cielos.

3.- De la Palabra proclamada a la Eucaristía

No nos quedemos sólo con la escucha de la Palabra. Jesucristo, que nos habla en la Sagrada Escritura, se hace presente en la Eucaristía. El mensaje que nos ha dado y hemos recibido se hace realidad viva en la Eucaristía.

4.- De la Eucaristía celebrada a la misión

Los que participamos en la Eucaristía somos invitados a ir al mundo para proclamar lo que nos ha dicho el Señor, para llamar a los hombres y mujeres alejados o no creyentes a creer en el Señor y a llegar a la madurez plena en Jesucristo. Toda vocación cristiana es una vocación misionera, evangelizadora...

Terminamos. Unidos en la oración

Cáceres, 10 de julio de 2010

Florentino Muñoz Muñoz